

nada hizo que Bolívar estuviese muy pendiente del acontecer de los hechos en México, país que para él siempre tuvo un influjo muy especial. Desde su primer viaje en 1799 y después durante su rápida visita a la "opulenta México" en 1813, sus reflexiones sobre México se vuelven cada vez más constantes. La lucha de independencia, desde sus inicios hasta la caída del gobierno español, es motivo de constante preocupación para el Libertador, que en ningún momento dudó se lograría llevar a cabo. Muchos de nuestros próceres, particularmente Morelos, eran harto conocidos por Bolívar, que además admiraba el espíritu religioso de los insurgentes mexicanos.

La edición de la recopilación de los 59 documentos apareció por primera vez en 1946 como publicación del Archivo Histórico Diplomático Mexicano y efectivamente muchos de los documentos recopilados relatan la historia diplomática entre México y la Gran Colombia, a través de las cartas que los delegados plenipotenciarios o encargados de negocios de ambos países escribieron durante la década de 1820.

La historia diplomática entre las dos naciones estuvo llena de vicisitudes: los delegados nombrados nunca fueron del total agrado de ninguna de las dos naciones; el delegado mexicano, por ejemplo, parece que no tuvo mucha simpatía por Bolívar; el enviado colombiano también fue objeto de quejas por parte del gobierno mexicano, etc.

Entre los documentos más importantes se incluye la carta de Bolívar invitando a México a concurrir al Congreso continental de Panamá en 1824, para formalizar la Confederación de las Repúblicas de Colombia, México, Río de la Plata, Chile y Guatemala a través de una asamblea de plenipotenciarios "que nos sirviese de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en los tratados públicos cuando ocurran dificultades, y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias". Se añade también el Tratado de Unión, Liga y Confederación Perpetua de México y la Gran Colombia con las Ratificaciones y Enmiendas de Soberano Congreso Mexicano.

*Rosario Green y Ma. Amparo Canto.*

Pascal Salin, *L'ordre monétaire mondial*. Paris, Presses Universitaires, 1982, 252 pp.

El libro del doctor Salin tiene como objetivo central explicar los mecanismos de funcionamiento

del sistema monetario internacional y señalar los principios que deberían presidir su reforma. En su opinión, son las fuerzas del mercado las que deberían regir dicha reforma, sin interferencia de las autoridades nacionales de los distintos países que integran el sistema; de hecho, culpa a esas autoridades de causar los desórdenes que se atribuyen al sistema monetario internacional, en tanto que detentan el monopolio de la emisión monetaria y con él la posibilidad de generar desequilibrios.

Salin encuentra respaldo teórico a su argumentación en proposiciones desarrolladas por Friedrich A. Hayek y Miltón Friedman, y señala que el apoyo pragmático a su posición se encuentra en los acontecimientos monetarios internacionales registrados a partir de la crisis de 1971, mismos que, por cierto, son reseñados con detalle por el autor.

Pascal Salin concluye su elaboración teórico-práctica señalando que el orden monetario mundial propuesto por él, basado en concepciones liberalistas, bastante ortodoxas, vendría a sustituir al orden internacional actual, en tanto que se trataría de una intrincada red de relaciones, no tanto entre estados soberanos, sino entre sistemas monetarios nacionales, regidos, básicamente por las fuerzas del mercado, y con una incidencia mínima de las autoridades públicas.

Se reconoce en Salin, un apoyo a las propuestas fundamentales del monetarismo clásico, tales como el "Estado mínimo", a cargo de las tres funciones básicas del Estado del siglo XIX, administración de justicia, defensa de las fronteras nacionales y construcción de ciertas obras públicas. Está también implícita la idea de la "mano invisible", reguladora de todos los desequilibrios y representante de la acción individual, supuestamente colectiva en sus beneficios —que fascinara a los ideólogos del modelo liberal del siglo pasado: Adam Smith y David Ricardo—, así como otros conceptos difundidos por Hayek, Friedman y sus seguidores de todos los tiempos.

El libro constituye, como su propio autor lo señala, una obra fundamentalmente teórica. Si Salin recurre a la historia económica reciente, lo hace más bien con el fin de probar su tesis central: los desórdenes monetarios registrados a nivel internacional reflejan actuaciones equivocadas de autoridades monetarias nacionales; equivocadas no sólo en sus manifestaciones concretas, sino en su expresión más general, porque, en su opinión, las autoridades monetarias no deberían intentar reglamentar el sistema más allá de su mínimo. Así, la

explicación de Pascal Salin de la crisis monetaria internacional de 1971, por ejemplo, es pariente cercana, por cierto, de la explicación de Milton Friedman sobre la crisis de 1929: políticas incoherentes y arbitrarias de las autoridades públicas, en particular de las monetarias.

Ocho capítulos integran el libro, en los cuales su autor examina con profundidad, en ocasiones apoyado en expresiones matemáticas y gráficas relativamente accesibles, cuestiones relacionadas con las tasas de cambio, fijas y flotantes, el patrón oro y el patrón de cambio oro, la crisis monetaria de los años setentas y la que él denomina "la pseudocrisis de 1971", las reformas al sistema monetario internacional que se intentaron en aquellos años, y la unificación monetaria europea.

En las conclusiones, Pascal Salin plantea lo que en su opinión deberían ser: el papel monetario del Estado y el orden monetario mundial que él propone. Señala, concretamente, que a menudo se responsabiliza al sistema monetario internacional de toda clase de males, al cual se presenta como una "especie de entidad lejana que viene a desquiciar inopinadamente los planes llenos de sabiduría elaborados por las autoridades políticas nacionales y responsables. Se hacen, así, llamados a la cooperación internacional, es decir a acuerdos entre esas mismas autoridades, con la esperanza de que su espíritu de responsabilidad y su clarividencia sabrán disciplinar al famoso «sistema internacional» o atenuar al menos sus maleficios". En su opinión esta argumentación está equivocada en tanto que un sistema monetario internacional no es sino el reflejo de la manera en que la moneda es creada y generada por las autoridades nacionales, y en la medida en que "dichas autoridades se han arrogado el poder de creación monetaria, son ellas las únicas responsables de todos los descalabros monetarios internacionales, de todas las «crisis monetarias»." De ahí que para reestructurar el orden monetario internacional actual y dar lugar a un orden monetario mundial, la participación del Estado en los ámbitos monetarios nacional y extranacional deba ser mínimo, y su tradicional monopolio de la creación monetaria, eventualmente eliminado, privatizándolo, tal vez, a la manera de la propuesta de Hayek.

Ese "Estado mínimo", esa "política monetaria mínima", son planteados por Salin como lo ideal, sobre todo al señalar que "las justificaciones de una política monetaria activa son perfectamente falaces. No debe olvidarse que a menudo los actuales bancos centrales han estado en el origen de

los bancos que el Estado ha nacionalizado, bajo el pretexto de que esto le permite prepararse mejor para practicar una política monetaria favorable al interés público. Aquí, como en otras instancias, el Estado se contenta con acaparar lo que los individuos han inventado o creado, sin preocuparse por crear a su vez algo, incapaz de innovación". Lo radical de una apreciación de este tipo, impide a Salin reconocer que en un buen número de casos la creación, la innovación individual, es sólo posible dentro de un marco de seguridad, protección y apoyo, proporcionada justamente por el Estado. En otras palabras, Salin cae en un maniqueísmo, encontrado también en sus ideólogos Hayek y Friedman, por ejemplo, según el cual la acción individual es siempre buena y la estatal es siempre mala; el individuo es el bueno y el Estado el villano, como si este último fuera una enteología abstracta (que es justamente su queja en el caso del "sistema monetario internacional"), no sólo inventada y gobernada por individuos, sino en infinidad de ocasiones a su servicio.

Teórico como es, en general, el libro de Salin, no puede, sin embargo, mantenerse al margen de ciertas concepciones valorativas, ideológicas, de las que busca eximirse en su introducción, atribuyéndolas más bien a la parte contraria: los no monetaristas. Es ahí, en todo caso, más que en su orientación teórica (monetarista), donde radica el punto débil de la obra. El rigor científico de su capitulado se debilita a partir de la interpretación del autor de los fenómenos sociales que le inquietan, pero sobre todo, a partir de juicios como el anterior, sobre la "capacidad de rapiña" del Estado y su "incapacidad de creación", como un planteamiento total, irrefutable.

Además de que el libro del doctor Pascal Salin no agrega nada a la literatura monetarista existente en diversos idiomas, su aspecto más o menos novedoso, aquel que propone la conversión de un *orden monetario internacional* en un *orden monetario mundial*, no está explorado suficientemente en la obra, ni explicado más allá de que esa transformación sería posible a partir de la renuncia, por parte del Estado, a su monopolio en la creación de moneda. Por último, el libro se dirige menos al orden internacional y más al nacional o a los nacionales, frustrando en cierta medida las expectativas de quienes lo leen con ánimo de encontrar nuevas facetas y explicaciones de fenómenos internacionales.